

Pascua, fiesta bautismal y fiesta de salvación

La Pascua fue para los antiguos cristianos la solemnidad de las solemnidades, la fiesta de las fiestas¹. Durante las celebraciones litúrgicas de la Vigilia Pascual, después de tomar parte en los ritos de celebración de la luz, después de anunciárseles la nueva vida a los «nuevos iluminados», los catecúmenos recibían el bautismo y quedaban incorporados a la comunidad. En la fiesta de esta noche, los nuevos bautizados se insertaban en la vida de Cristo. Pablo estableció una relación de paralelo exacto entre el Bautismo cristiano y la muerte y Resurrección de Cristo². El cristiano es consepultado con Cristo en su Muerte, y es conresucitado en su Resurrección. Los acontecimientos de la muerte y resurrección de Cristo se repiten en cada uno, por la celebración del misterio pascual. Por la fe y por el rito entra el cristiano en la obra redentora.

En distintos trabajos ya hemos considerado³ la demarcación entre tinieblas y luz, entre tristeza y alegría, entre muerte y vida, como una consecuencia de la Pascua, con una intensa connotación salvífica para el cristiano. Mediante los símbolos externos, en la celebración de la luz, el catecúmeno y el cristiano quedaban inmersos en un clima nuevo, en el que el bautismo operaba la realización perso-

1 Gregorio Nacianceno, *Orat.* 45, 2 (PG 36, 624).

2 *Rom.* 6, 4; *Col.* 2, 12.

3 Cf. A. Hevia Ballina, 'Salvación y Pascua', *Genethiakon Isidorianum*, (Salamanca, Universidad Pontificia, 1975) 267-288. También nuestra comunicación al VII Congreso Internacional de Estudios Patristicos de Oxford: 'El concepto de alegría, como connotativo de Salvación en la Predicación Pascual'; cf. J. Oroz Reta, 'El VII Congreso Internacional de Estudios Patristicos de Oxford', *Studium Ovetense* 3 (1975) 331-334. Asimismo 'Alegría Pascual y Salvación', *Helmántica* 27 (1976) 315-322 y 'Connotaciones salvíficas del Misterio de la Pascua en Melitón de Sardes', próximo a publicarse en *Miscelánea* en honor del Presidente Leopold S. Senghor del Senegal, por la Universidad de Dakkar.

nal del misterio «Muerte y Resurrección» de Cristo, y así entraban en el área de lo divino, repitiendo ritual y sacramentalmente los acontecimientos salvíficos que el Bautismo significa. En la fuerza del Salvador, la Iglesia-Madre engendraba para él a sus hijos en la piscina bautismal. Las comunidades cristianas vivían con pasión la liturgia de la Noche Pascual y, en la Vigilia, esperaban la venida del Señor.

La tensión litúrgica de esta noche que es día se revela particularmente a través de las *Homilias Pascuales*, que vamos a estudiar. Las resonancias salvíficas que nos llegan de la liturgia bautismal son muy sugestivas. Hay un trasfondo esplendoroso de salvación para los cristianos y los nuevos bautizados que culmina en la identificación con Cristo, mediante la repetición sacramental de la Muerte y Resurrección del Señor.

Los acontecimientos de la Cruz y de la Resurrección de Cristo presiden la predicación de la Pascua y, de ellos, dimana vigorosa su repetición en los fieles. Las expresiones de la predicación cristiana están llenas de hermosura y su trama, una vez engarzadas, nos permitirá la contemplación de la intensidad vívida con que la Iglesia repitió, año tras año, el Misterio del Señor. Queremos ofrecer, en sucinta visión, tal como nos ha parecido entreverla en los escritos homiléticos de varias de las comunidades antiguas, a las que hemos limitado este trabajo⁴, la valoración salvífica que la Iglesia atribuyó al Misterio de la Pascua.

Cruz y Resurrección: misterio de salvación

El misterio de la Cruz y de la Resurrección constituye el núcleo central de la Homilía I de Hesiquio de Jerusalén: la Cruz es el instrumento de victoria de Cristo resucitado; la Resurrección de Cristo es garantía de nuestra resurrección. La cruz se nos presenta así como medio de salvación. «Permanezcamos al lado de la Cruz salvadora, para que podamos recoger las primicias de los dones de Jesús»⁵. Dos son los aspectos que el autor nos revela más destacados:

⁴ Nos circunscribimos para nuestra exposición a las siete homilias pascales publicadas por M. Aubineau, *Homélie Pascales*, *Sources Chrétiennes*, n. 187, (París 1972).

⁵ *Hom. Pasch.* I, 1, 8-9.

el carácter salvador de la Cruz y los dones del Señor, que hacen referencia a su gracia o a la realización concreta de la salvación en el individuo.

El carácter salvífico de la Cruz —Muerte— de Cristo se intensifica en este texto: «el Sol de Justicia, nuestro Señor Jesucristo, *llenó de luz al día* de hoy, en toda la redondez de la tierra, se *alzó* por medio de la *Cruz* y *salvó* a sus fieles»⁶. Queremos realzar el carácter salvífico de toda la frase de Hesiquio destacando los aspectos de «iluminación» y «salvación», a la vez que insistimos en el carácter instrumental que, con respecto a la salvación, presenta la Cruz.

Aún se acentúa más el aspecto salvífico, cuando el autor habla de la Cruz como símbolo, entendiendo así las representaciones destinadas a avivar la fe. La fe es para el cristiano un símbolo eficaz de salvación, porque «nos abre las puertas del cielo»⁷; es un símbolo que recibe su eficacia de la fe del cristiano: «que ninguno deje de tener fe en los símbolos de la Cruz, ante quien el cristiano debe prosternarse, adorando al bienaventurado y tres veces dichoso madero de la Cruz»⁸. La Cruz es, pues, por la fe y la adoración, salvación para los hombres. Para corroborar la eficacia salvífica de la cruz, recurre Hesiquio a la comparación con la lámpara, el Logos, que se coloca sobre el candelero o lampadario. La cruz es el lampadario, desde el que el Salvador ejerce su efectividad salvífica en todos los hombres, «ya que, cuando subió a la Cruz y fue colocado sobre el candelero, iluminó la redondez de la tierra»⁹. En otro trabajo, ya hemos destacado las implicaciones salvíficas de esta iluminación¹⁰.

La cruz, símbolo de ignominia y humillación en la antigua Roma, quedó rehabilitada para el cristiano por las asociaciones salvíficas que implicaba. Por eso, la contempla Hesiquio «exaltada en medio del foro»¹¹ y admira a Pablo

6 *Hom. Pasch. I, 1, 12-14.*

7 *Hom. Pasch. I, 2, 3-4.*

8 *Hom. Pasch. I, 2, 1-2.*

9 *Hom. Pasch. I, 2, 9.*

10 Cf. 'Salvación y Pascua', *Genethliakon Isidorianum* pp. 269-277.

11 *Hom. Pasch. I, 3, 1-2.*

que se confiesa «servidor de la Cruz»¹², «el cual no siente vergüenza de la Cruz, escándalo de los judíos y locura entre los gentiles»¹³.

También aparecen en íntima conexión la Cruz y la Resurrección, como no podían menos de estarlo, en el rito bautismal. «En el madero de la Cruz, resucitó a las Iglesias del orbe»¹⁴. Hesiquio entiende aquí la cruz de la que fue prototipo la vara de Moisés. Al igual que el bastón de Moisés curaba las mordeduras de las serpientes, «así, por su parentesco con el madero de la cruz, hace cesar los pecados de los hombres»¹⁵. El perdón de los pecados y la salvación de los hombres son concomitantes, «ya que los adoradores del Salvador consiguen su salvación»¹⁶ y «con la extensión de sus manos salvó todas las cosas»¹⁷. Tal es la virtualidad salvífica de la Cruz, como la contempló Hesiquio.

Con los tonos más encendidos de su lirismo, canta para sus fieles el Obispo de Jerusalén las grandezas salvíficas de la Cruz y de la Muerte de Cristo: «oh madero, más encumbrado que el cielo; madero, que se alza por encima de la bóveda celeste; madero tres veces bienaventurado, que endereza nuestras almas hacia el cielo; madero, que al mundo suministra la salvación; madero que hace huir al ejército diabólico; madero, que proyecta al buen ladrón al paraíso y lo hace regocijarse con Cristo»¹⁸. Con tales efusiones líricas, expresa Hesiquio las implicaciones salvíficas de la cruz del Salvador, al lado de la cual «los fieles se hacen participantes del paraíso»¹⁹.

En conexión íntima con la cruz sitúa Hesiquio el misterio de la Resurrección, destacándolo como una victoria, como un triunfo del resucitado y de los redimidos. Los términos de victoria y la visión del triunfo de Cristo subiendo al cielo «ceñido de luz, por encima del relámpago y del rayo, por

12 *Rom.* 1, 1; *Phil.* 1, 1; *Hom. Pasch.* I, 3, 4.

13 *Hom. Pasch.* I, 3, 5. Cf. *1 Cor.* 1, 23-24.

14 *Hom. Pasch.* I, 3, 7.

15 *Hom. Pasch.* I, 3, 9.

16 *Hom. Pasch.* I, 3, 12.

17 *Hom. Pasch.* I, 3, 14.

18 *Hom. Pasch.* I, 4, 1-6.

19 *Hom. Pasch.* I, 4, 16.

encima de las fuentes de las aguas»²⁰ alternan con la terminología relativa a la salvación y, equivalentemente, con la de «iluminación», «alegría» y «vida», que se repiten incesantemente en Hesiquio. Cristo es el Rey universal, «el triunfador»²¹, «el salvador vencedor»²²; «su victoria es sobre el demonio»²³, «sobre el enemigo invisible»²⁴, «sobre el diablo que fue derrotado por medio del crucificado»²⁵, «de aquel que, clavado en una cruz, resucitó de entre los muertos y subió a los cielos»²⁶. El, «como rey triunfador, como caudillo glorioso, como auriga irreprensible, pisoteó a la muerte y despojó de sus armas a Hades»²⁷. Por ello, la celebración pascual es ante todo una «fiesta de triunfo y de victoria»²⁸.

En toda esta visión grandiosa, hay dos notas que destacan y preparan el contexto bautismal. Se trata del carácter instrumental que la muerte de Cristo y su resurrección tienen respecto a la salvación cristiana. La oposición «por medio del crucificado» y «por medio del resucitado» sostiene toda la trama que Hesiquio despliega ante sus fieles. Muerte en la Cruz y Resurrección de Cristo son los dos puntales en que se apoya la hermosa construcción que nos ha ofrecido en su Homilía I. Cristo, «el clavado en el madero» es, a la vez, «el que resucitó de entre los muertos»²⁹, siendo Él mismo el camino de la realización plena del cristiano: muerte y resurrección.

La Resurrección de Cristo, en efecto, sólo tiene para el cristiano repercusiones salvíficas: «resucitó el Señor, resucitando consigo al rebaño de Adán»³⁰. «Por el resucitado, hoy se abre el paraíso, vuelve a la vida Adán, se llena de consuelo Eva, se cumple la llamada, se nos dispone un reino y el hombre se salva»³¹. El bautismo constituye la

20 *Hom. Pasch.* I, 5, 10 ss.

21 *Hom. Pasch.* I, 5, 2.

22 *Hom. Pasch.* I, 1, 4.

23 *Hom. Pasch.* I, 1, 7.

24 *Hom. Pasch.* I, 1, 6.

25 *Hom. Pasch.* I, 5, 3.

26 *Hom. Pasch.* I, 5, 17-18.

27 *Hom. Pasch.* I, 6, 7-10.

28 *Hom. Pasch.* I, 5, 1.

29 *Hom. Pasch.* I, 5, 19.

30 *Hom. Pasch.* I, 6, 1-2.

31 *Hom. Pasch.* I, 6, 4-6.

concretización de esta salvación. Y es, sin duda, en la *Homilía I* de Hesiquio, donde se nos presentan con mayor relieve los dos polos Muerte-Resurrección, como preludio de los contextos salvíficos bautismales.

Siguiendo la misma terminología de Cruz y Resurrección, el mismo Hesiquio en su *Homilía II*, vuelve a la misma contraposición, en un contexto cargado de repercusiones salvíficas. La Cruz fue el martillo; la Resurrección, el yunque en que se modeló la trompeta pascual, Cristo, luz, vida y alegría de los hombres. Su muerte y sepultura están presentes en toda la primera parte de la Homilía; su calidad de Dios resalta, en toda ella, por la Resurrección, donde se consuma la glorificación de Cristo, su exaltación³² y donde el cristiano incoa su resurrección, su glorificación y su exaltación.

En efecto, concluye Hesiquio, «en su Resurrección, Cristo resucita a Adán, al que su desobediencia derribó; en su glorificación, consolida la liberación de sus padecimientos a favor de los gentiles³³; en su exaltación, exalta nuestra primicia hasta el cielo y eleva nuestra forma de esclavos hasta la cátedra de los querubines»³⁴. La disposición trimembre de los elementos de la frase es lo que nos ha llevado a la correlatividad completa de todos los miembros de la enumeración entre Cristo y los cristianos. Las implicaciones salvíficas de la Resurrección, Glorificación y Exaltación de Cristo quedan así mucho más destacadas. Nos parece que así «vemos cesar los tipos, para dejar paso a una realidad floreciente»³⁵, concretizada para el cristiano en la Muerte y Resurrección de Cristo.

Las repercusiones salvíficas de la Cruz del Salvador las percibió también Basilio de Seleucia y su vivencia quiso comunicarla a sus fieles. No sólo llama a la Cruz «salvadora», sino que los efectos de que aquélla es causa instru-

³² *Hom. Pasch.* II, 4, 10-11. Cf. *Is.* 33, 9-11.

³³ Cf. la corrección a la traducción de M. Aubineau, en este pasaje, que hemos sugerido en nuestra recensión de su libro, en *Studium Ovetense* 2 (1974) 556. Admitimos las aportaciones de Aubineau sobre la impassibilidad del Verbo como muy interesantes, pero discrepamos de su interpretación, buscando la coherencia ideológica de esta enumeración trimembre.

³⁴ *Hom. Pasch.* II, 4, 13-17.

³⁵ *Hom. Pasch.* II, 4, 18-19.

mental son salvíficos también en el hombre: «a quienes estaban lejos³⁶, no por razón del lugar, sino por su actitud; no por la distancia, sino por su manera de pensar; no por el sitio, sino por su credo o creencia³⁷, los acercó *por medio de la Cruz salvadora*, abrazando a los reacios»³⁸. Esta alusión a la muerte de Cruz, como medio salvífico, puede considerarse tanto en su proyección actual, como escatológica.

Basilio de Seleucia insiste, así mismo, en la relación que la muerte en la Cruz tiene con el bautismo. En su exhortación a los recién bautizados durante la noche pascual, los nuevos iluminados, les habla de las implicaciones místicas que el bautismo tiene en su vida de rescatados o salvados³⁹. A algunas de ellas nos referiremos más adelante, al hablar del bautismo en el contexto salvífico de la Pascua. Por lo que se refiere a la Cruz, se expresa así: «sobre la Cruz triunfó El del pecado general y del hábito de nuestra iniquidad, ya que las místicas aguas del bautismo borran, en las profundidades del mar, nuestros pecados»⁴⁰.

El Obispo de Seleucia establece la relación íntima entre la Cruz de Cristo y el bautismo, utilizando a la vez la tipología de las aguas del mar, de que habla el profeta Miqueas, con una proyección bautismal⁴¹. Nuestro texto se completa en dimensiones salvíficas con el que el mismo Basilio nos ofrece, al principio de su Homilía: «sobre el madero triunfó de aquel que hizo tropezar a Adán por medio del árbol: embotó el agujón de la muerte»⁴².

Resonancias salvíficas de la Cruz aparecen, en fin, en Leoncio de Constantinopla, que opone «el madero de la maldición» y «la cruz de bendición»⁴³, obras, la primera del

36 Cf. *Eph.* 2, 13.

37 Cf. nuestra recensión del libro de M. Aubineau, en *Studium Ovetense* 2 (1974) 556, justificando «credo o creencia» en vez de «culte».

38 *Hom. Pasch.* III, 1, 14-17.

39 *Hom. Pasch.* III, 3, 2.

40 *Hom. Pasch.* III, 3, 16-17. Nos apartamos de la traducción de Aubineau, según hemos observado en nuestra recensión de su libro, l. c. p. 557.

41 Esta conexión del bautismo con el texto de Miqueas (7, 19) fue frecuente entre los Padres antiguos, según las citas que recoge Aubineau, o. c., p. 269, nota 84.

42 *Hom. Pasch.* III, 1, 5-6. Cf. G.-Q. Reijners, *The terminology of the Holy Cross in early Christian Literature as based upon Old Testament*, (Nidmejen 1965).

43 *Hom. Pasch.* VI, 6, 7.

diablo y la segunda de Cristo. La contraposición del árbol del paraíso y el árbol de la cruz constituyó siempre tema predilecto de la predicación patristica. Sirvanos de complemento, en su dimensión salvífica, este texto de una Homilía atribuida al Crisóstomo: «como por medio del madero se produjo la transgresión, así, por medio del madero, se consumó la salvación»⁴⁴.

El mismo Leoncio, en su *Homilía II*, nos presenta la Resurrección como parte integrante del misterio de la Cruz, del que dimana la salvación de los hombres. Habla del «día de la resurrección», identificándolo con un día de salvación. Basándose en una cita del Profeta Sofonías, nos dice así: «aguárdame en el día de mi resurrección, dice el Señor, porque mi decisión es reunir a las naciones... Mucho mejor te es correr ahora hacia él por propia iniciativa y ser salvado, que entonces, contra tu voluntad, mirar al que traspasaron. Este es el día de salvación; aquel otro, que ha de venir, será de juicio. Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y regocijémonos en él»⁴⁵. Con estas referencias a la muerte de Cristo, a su Resurrección, a la salvación y a la alegría que dimana de la Pascua, pasamos ya a las implicaciones salvíficas del misterio bautismal, provenientes del acontecimiento salvador de la Muerte y Resurrección de Cristo.

El Bautismo, misterio de salvación

El hecho de que la liturgia de las solemnidades de la Pascua tuviera su culminación en la administración del bautismo a los catecúmenos, que habían intensificado su preparación durante la Cuaresma, justifica el que las Homilías Pascuales contengan tan gran riqueza de alusiones al bautismo. No siempre se habla del rito en sí mismo, sino de sus efectos y consecuencias en las almas. De ese modo, es variada la terminología y siempre resulta expresiva en relación con las realidades salvíficas que en el rito bautismal se contienen. La predicación pascual llama frecuentemente a los bautizados «los nuevos iluminados». Este tér-

⁴⁴ Pseudo Crisóstomo, *Serm. in venerabil. Cruc.* PG 50, 820, 1. 14.

⁴⁵ *Hom. Pasch.* VII, 5, 11-15. Cf. *Soph.* 3, 8.

mino, desde la perspectiva de la luz, sirve de puente para establecer la estrecha conexión que liga entre sí a las dos partes de la liturgia pascual: fiesta de la luz o fiesta de la Resurrección y fiesta del bautismo o fiesta de la Salvación.

La descripción del bautismo más rica en implicaciones salvíficas la hemos encontrado en Basilio de Seleucia, en un párrafo esplendoroso en imágenes y abundante en doctrina. La apelación solemne al «nuevo iluminado» abre esta sucesión de metáforas y expresiones. Basilio quiere poner al bautizado ante los compromisos serios que entraña su vida de cristiano. Sabe que de la salvación, que el neófito consigue en el momento del bautismo, tiene que derivar un actuar coherente. Por ello, los planos actual, ético y escatológico aparecen netamente destacados.

Vamos a ofrecer primero sus palabras, para luego llegar a las consecuencias salvíficas que en ellas se contienen: «considera, pues, nuevo iluminado, de qué misterios se te ha hecho digno. Has conocido su virtualidad por propia experiencia. Has sido rescatado, no te esclavices de nuevo. Has hecho público tu pagaré de deuda, ocúpate del pacto en que te has comprometido. Se te ha confiado un talento, ocúpate en hacerlo fructificar. Te has desposado, después de superar la prueba: no cometas adulterio con la blasfemia. Se te ha conducido a la libertad: no te insolentes contra tu libertador, como un vil esclavo. Te has revestido de una túnica resplandeciente: brilla por tu conciencia. Has mudado de actitud: no apenes al espíritu. Pues ya el Profeta, más arriba, proclamando el misterio del bautismo y la incommensurable gracia del Crucificado, exclamaba 'misericordia quiere'. ¿Quién, profeta? El que se hizo hombre por misericordia, Cristo. El que sin abrir las virginales puertas para su nacimiento, se volverá a nosotros y tendrá compasión sobre nosotros. En efecto, volviéndose hacia ti, te ha librado del error. Y se apiadó de ti, porque triunfó en la Cruz sobre el pecado común y el hábito de nuestra iniquidad, pues las místicas aguas del bautismo borran en las profundidades del mar nuestros pecados. Piensa en la piscina y proclama la gracia, pues el bautismo es la recapitulación de todos los bienes, es purificación del mundo, renovación de la naturaleza, redención compendiada, remedio fácil,

humedad que consume los pecados, esponja que limpia la conciencia, vestido que no envejece con el tiempo, seno que concibe sin dolor, sepulcro que hace renacer a los sepultados, abismo que ahoga los pecados, elemento que se convierte en tumba del diablo, sello del que conquista la muralla, abogado seguro ante el juez, fuente para extinguir el fuego de la gehena, gracia que acoge al banquete del Señor, misterio antiguo y nuevo, pergeñado ya por Moisés»⁴⁶.

Esta larga cita compendia, con los rasgos propios de una catequesis, la instrucción y exhortación que recibían los recién bautizados. Trataremos de glosar los principales elementos salvíficos que incluye. Ante todo, notemos que toda la exhortación aparece enmarcada por el concepto «misterio», al principio y al final. Al bautizado se le presenta la operación salvífica del rito que acaba de cumplirse en él, como un misterio: «considera de qué misterios se te ha hecho digno» y «este misterio es antiguo y nuevo»⁴⁷. Tal misterio es el «misterio del bautismo»⁴⁸.

Solamente Basilio, entre los Padres estudiados en este trabajo, emplea este término en otros contextos. Entre los frutos del «amor de Cristo» enumera «el haber depositado los misterios celestiales en los extraños a las alianzas de la promesa»⁴⁹, refiriéndose, sin duda, a la gracia y a la salvación de Cristo.

En otro lugar, aparece como paralelo del concepto «milagro» o «prodigio», para significar «las obras maravillosas de la salvación del mundo»⁵⁰, de «la liberación de la tierra»⁵¹, del «despojo de la muerte»⁵² y del «revestirse Cristo de los nuevos iluminados»⁵³. De donde podemos concluir para el concepto «misterio» el sentido general de las obras extraordinarias de la salvación y, más particularmente, en los primeros textos, el rito salvífico que se verifica como un acontecimiento histórico con proyección escatológica.

46 *Hom. Pasch.* III, 3, 1-29.

47 *Hom. Pasch.* III, 3, 2. 28.

48 *Hom. Pasch.* III, 3, 10.

49 *Hom. Pasch.* III, 1, 12. Cf. *Eph.* 2, 12.

50 *Hom. Pasch.* III, 1, 21.

51 *Hom. Pasch.* III, 1, 22.

52 *Hom. Pasch.* III, 1, 23.

53 *Hom. Pasch.* III, 1, 24.

Esta perspectiva se situaría en la línea bíblica, en que el «misterio» es el designio de Dios de realizar la salvación de los hombres por medio de Jesucristo; es decir, el misterio mismo de Cristo, que se realiza en el *nunc* de la Muerte y la Resurrección y se consumará en la escatología del final de los tiempos. Al ser el bautismo la realización en el catecúmeno del misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo, las perspectivas salvíficas que nos abre el hermoso cuadro que Basilio nos pinta, en su descripción del bautismo, se vuelven inmensas. El bautismo es una «fuerza operante»⁵⁴, que actúa en el «nuevo iluminado» la salvación del Señor.

El bautismo, liberación salvífica del cristiano

A continuación, destacamos algunas pinceladas con que pinta Basilio ese actuar salvífico, en virtud del cual el bautismo es «recapitulación de todos los bienes»⁵⁵. Sus ideas las iremos contrastando con las de otros autores.

En primer lugar, el bautismo es un rescate de un estado de esclavitud. Las expresiones «has sido comprado», «se te ha rescatado» son técnicas para describir las acciones de compra o rescate del cautiverio, así como la fórmula «se te ha hecho prisionero» es propia para indicar la caída en la esclavitud. Basilio exhorta al cristiano a no dejarse caer en el cautiverio, una vez que se ha pagado por él el precio del rescate. La sangre de Cristo es aquí el pago de la liberación, siendo el cautiverio del pecado aquél del que el bautizado se ha visto liberado. A la perspectiva salvífica y escatológica se añade, pues, la exhortación ética.

También Leoncio de Constantinopla habla, en el lenguaje antitético, que le es tan familiar, de «los que antes fueron cautivos y ahora han quedado rescatados»⁵⁶. De modo semejante a lo que ocurre con el prisionero de guerra, al que se concede la libertad, mediante el pago de un rescate. Las resonancias que el concepto adquiere en el contexto cristiano son de orden espiritual: sigue tratándose del cautivo

54 *Hom. Pasch.* III, 3, 2.

55 *Hom. Pasch.* III, 3, 20.

56 *Hom. Pasch.* VI, 6, 20.

o prisionero en poder del demonio, cuyo rescate queda saldado mediante la sangre de Cristo. Es lo que nos expresa el texto del mismo Leoncio: «los que antes eran prisioneros, ahora han quedado rescatados y el que, en otro tiempo, los retenía como cautivos, ahora no retiene a nadie, puesto que, como de una cautividad, los nuevos iluminados han sido rescatados por el poder de Cristo Rey»⁵⁷.

El concepto «esclavizar», en fin, adquiere sus mayores resonancias salvíficas en el siguiente texto de Hesiquio de Jerusalén, en el que Cristo se nos presenta, como en una visión escatológica, en su triunfo definitivo: «después de pisotear a la muerte y de hacer prisionero al tirano y de despojar de sus armas a Hades, subió a los cielos»⁵⁸.

Variada es la terminología con que los Padres que estudiamos insisten en el aspecto de la liberación del cristiano, para invitarle a no caer de nuevo en el estado de que ha sido liberado. El cristiano, por el bautismo, «ha sido conducido a la libertad»⁵⁹. La libertad que aquí se considera es efecto de la acción salvífica de Dios, por medio de Cristo, en el hombre. Su libertad consiste en la posesión de su salvación. Por lo tanto, ser llevado a la libertad es una afirmación soteriológica, respecto al cristiano o bautizado. A cambio, se le pide que no peque orgullosamente contra su libertador⁶⁰. El pecado de soberbia u orgullo frente a la divinidad aparece, en toda su intensidad desde la tragedia griega, como el mayor pecado del hombre. Aquí el pecado es contra el libertador, contra el Salvador, contra la Libertad, contra la Salvación del Señor, en oposición al estado de esclavo, al que quiere hacerlo descender el pecador.

Esta misma libertad soteriológica, con las repercusiones éticas consiguientes, es la que exalta Leoncio de Constantinopla, cuando dice a los nuevos bautizados: «se te ha hecho digno de la libertad» y completa parenéticamente: «no te vuelvas esclavo de los placeres»⁶¹. El mismo Leoncio contemplará a los salvados por el bautismo como libres, en el

57 *Hom. Pasch.* VI, 6, 20-23.

58 *Hom. Pasch.* I, 6, 7-9.

59 *Hom. Pasch.* III, 3, 7.

60 *Hom. Pasch.* III, 3, 6.

61 *Hom. Pasch.* VI, 8, 10. *Cf. Tit.* 3, 3.

acontecimiento salvífico de la Pascua, en un *nunc* que es actual y escatológico: «los que antes eran esclavos, ahora son libres»⁶². La Pascua es, a su juicio, quien constituye a «los que eran esclavos en sacerdotes de su señores»⁶³.

El Pseudo Crisóstomo y Leoncio de Constantinopla coinciden en la «libertad de Adán» como una de las notas características del día de la Pascua. Se trata, a la vez, de un acontecimiento histórico y salvífico-escatológico: «en este día, Adán fue liberado»⁶⁴. La esclavitud de Egipto es, para Leoncio, punto de referencia para la nueva liberación. La interpretación alegórica de Egipto como el estado de pecado anterior a la Redención fue muy querida para los Padres, sobre todo en la escuela alejandrina⁶⁵. El acontecimiento del Exodo se había convertido en el hecho central de la Historia de la Salvación para Israel. La Pascua constituía el punto de partida para esa liberación. Para los recién bautizados, la experiencia de la Muerte y Resurrección de Cristo, de la que habían sido sujetos en los ritos bautismales, debía constituir el pilar básico de su fe cristiana. Por eso, el Obispo de Constantinopla quiere grabar en ellos las consecuencias de tan trascendental acto: «has sido liberado de Egipto, no adores una cabeza de buey»⁶⁶, pasando, inmediatamente de la metáfora a la realidad: «has sido rescatado del poder de los demonios»⁶⁷.

El concepto «redención» recurre con frecuencia, en las *Homilias Pascuales*, para destacar el carácter redentivo y liberativo del bautismo. El sentido fundamental del concepto, desde el griego, es el de liberar, redimir, compensar por el pecado. En la concepción de Basilio de Seleucia, el bautismo es en sí «una redención compendiada»⁶⁸.

Según Leoncio de Constantinopla, la liberación o redención se verifica para la Humanidad en el día pascual, con respecto al dolor y a la pena: «rescató a los hombres del sufrimiento», texto que amplifica este otro, en que las ideas

62 *Hom. Pasch.* VI, 6, 15.

63 *Hom. Pasch.* VI, 1, 19-20.

64 *Hom. Pasch.* V, 3, 1; VI, 2, 15.

65 Cf. J. A. Alcaín, *Cautiverio y Redención del hombre en Orígenes*, (Bilbao 1973), 41-67.

66 *Hom. Pasch.* VI, 8, 8-9. Cf. *Ex.* 32, 1-6.

67 *Hom. Pasch.* VI, 8, 9.

68 *Hom. Pasch.* III, 3, 22.

de liberación son patentes: «en este día, Adán fue liberado, Eva quedó libre de su aflicción y la humanidad fue rescatada del sufrimiento»⁶⁹.

Las repercusiones salvíficas que, por contraste, entrañan los conceptos «dolor», «pena» y «sufrimiento» son dignas de tenerse en cuenta. Lo mismo se diga de las implicaciones, en la misma línea, del concepto «libertad». Las consecuencias a que nos llevan para el enriquecimiento del concepto «redención» son también evidentes. Claramente se trata de la redención de que habla Pedro, en su primera carta: «la redención por medio de la valiosa sangre del Cordero sin mancha, Cristo»⁷⁰. Es la liberación del poder de los demonios y la consecución de la auténtica libertad cristiana⁷¹.

Leoncio dedica buena parte de su Homilía a crear en los bautizados la conciencia de que son «los rescatados por el Señor». Toma como hilo conductor el texto de los Salmos: «digan los rescatados por el Señor, aquellos a quienes rescató de la mano de los enemigos»⁷². En forma paralela, tan connatural a la Literatura Sapiencial bíblica, el autor de los Salmos insiste en el concepto de redención y de rescate mediante un políptoton que hace más intensa su idea.

Dejemos al mismo Leoncio que nos explique, con sus propias palabras, la exégesis de esta redención. En primer lugar, recurre a una imagen bautismal, muy bella, que ya conoció la pintura paleocristiana, para enmarcar su alcance salvífico y escatológico. Los rescatados han sido reunidos de los cuatro vientos y los pescadores de Cristo los han sacado, en sus redes, de la piscina.

La imagen del pescador —«pescadores de hombres»⁷³— es bíblica y el Evangelio la pone en boca del mismo Cristo. En la primitiva comunidad cristiana, se expresó la idea de la salvación mediante la imagen de Cristo con apariencias de pescador. Tal figuración es también frecuente en los Padres: «él es el pescador de los mortales que se dejan

69 *Hom. Pasch.* VI, 2, 16.

70 *1 Petr.* 1, 18.

71 *Hom. Pasch.* VI, 8, 9-10.

72 *Ps.* 106, 2. *Hom. Pasch.* VI, 7, 3-4.

73 *Mt.* 4, 19; *Mc.* 1, 17.

librar del piélago del mal», dice Clemente de Alejandría ⁷⁴. Y Tertuliano establece la comparación entre los cristianos y Cristo mediante la metáfora del pez: «nosotros, cual pecillos, a semejanza de nuestro Pez, Jesucristo, nacemos en el agua» ⁷⁵.

La simbología del pez ha sido entendida en íntima relación con el bautismo. Iconográficamente, hemos encontrado su representación en una pintura del Cubículo de los Sacramentos del Cementerio romano de San Calixto. En esta pintura mural, un pescador de caña, sentado sobre una roca, a la orilla de un río, lanza su caña y saca del agua un pez. El pescador —Cristo— y el agua ejercieron en el artista profunda sugerencia, para completar la escena con el bautismo de Cristo.

Quizá el origen del simbolismo bautismal y eucarístico haya que buscarlo en la comida ofrecida a los discípulos por el Maestro resucitado, a orillas del lago de Tiberíades, prefigurando la Vida que Cristo ofrece y a Cristo mismo ⁷⁶. El valor salvífico del símbolo del pez se acrecentó por el empleo del anagrama criptográfico ICHTHYS, expresión compendiada de la fórmula «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador». Tanto la palabra en sí, como su representación pictográfica se cargaron para los cristianos de sugerencias salvíficas.

Testimonios muy antiguos avalan esta interpretación. Así, el epitafio de Abercio (final del siglo II), al interpretar el alimento cristiano como el pez que fue pescado del mar por una virgen pura, que lo ofrece como comida a todos ⁷⁷ o el de Pictorio que pide al Salvador ser alimentado con el Pez celestial ⁷⁸. Epigráficamente, también se manifiesta este carácter salvífico del Pez, leyéndose en una inscripción sepulcral de Licinia (s. II-III): ΙΧΘΥΣ ΖΩΤΩΝ cargada de contenido soteriológico en sus dos palabras ⁷⁹.

En continuidad con este trasfondo soteriológico, tenemos

⁷⁴ Paed. 3, 101, 3.

⁷⁵ *De Bapt.*, 1.

⁷⁶ *Io.* 21, 1-4.

⁷⁷ Cf. C. Kirch - L. Ueding, *Enchiridion Fontium Historiae Ecclesiasticae antiquae*, (Barcelona 1960), 155.

⁷⁸ *Ib.* 236.

⁷⁹ Roma, Museo Nazionale delle Terme.

que colocar «los peces espirituales, que la red de la piscina ha capturado por medio de los Apóstoles, sus pescadores»⁸⁰, de que habla Leoncio en su *Homilía I*. La alegoría concluye así: «estas son las artes de los pescadores de Cristo: no colocan redes de lino, sino más bien hacen sus capturas mediante la fe»⁸¹. Los peces espirituales son, manifiestamente, los nuevos bautizados. Los pescadores son los Apóstoles, a quienes también Basilio de Seleucia llama «pescadores»⁸². Instrumento de su pesca es la red que se echa a la piscina, la que nos extrae o libera de las redes del diablo: «al quebrarse su red, hemos sido liberados»⁸³. Por ello, los bautizados se proclaman «rescatados», porque han sido objeto de esta espiritual captura⁸⁴. Quien coopera a la liberación definitiva es la fe.

Las metáforas de la pesca para explicar la redención se completan con otra tomada de la vida de la caza, empleada por el mismo Leoncio en su segunda Homilía: «¿Cuándo la red de la enseñanza del maestro cazó más polluelos, entonces o ahora?»⁸⁵. El *ahora* es el *nunc* pascual, el *nunc* de la economía nueva y el *nunc* escatológico. El bautismo libera del poder del pecado a los nuevos bautizados, capturándolos con las redes de la Salvación.

Leoncio entiende claramente el alcance de la Redención y la repetición obsesiva de «los rescatados a quienes liberó» es significativa en él de un intento de grabar en las almas la conciencia de su nueva condición. Esa liberación o redención es «de las manos del enemigo, el diablo, que siembra cizaña, que plantó pero no llegó a cosechar»⁸⁶. La metáfora de la falta de cosecha, por causa de la redención, tiene su contrapartida. Sugiere una alegoría preciosa al autor: el diablo cosecha en la soledad, en el desierto. El cristiano, en cambio, florece en el nuevo jardín: «el desierto se ha convertido en jardín esplendoroso»⁸⁷. El desierto pro-

80 *Hom. Pasch.* VI, 7, 7.

81 *Hom. Pasch.* VI, 7, 9-10.

82 *Hom. Pasch.* III, 2, 1.

83 *Hom. Pasch.* VI, 7, 21.

84 *Hom. Pasch.* VI, 7, 8.

85 *Hom. Pasch.* VIII, 2, 4-5.

86 *Hom. Pasch.* VI, 7, 11.

87 *Hom. Pasch.* VI, 7, 12.

duce cardos y ortigas; el paraíso hace brotar los lirios florecientes de los nuevos iluminados.

Luz, blancura de lirios, replandor de la fe⁸⁸, alegría y regocijo son los frutos espléndidos de la cosecha salvífica de la Redención. Los rescatados en el Señor son «bienaventurados, porque se les perdonaron sus iniquidades y se cubrieron sus pecados»⁸⁹.

La liberación redentiva del poder del pecado, operada por Cristo, bajo las figuras de la liberación de Egipto, aparece completada, en el mismo Leoncio, por el hecho de que el bautizado «se ha visto sacado de entre los gentiles»⁹⁰, ha quedado rescatado del paganismo e introducido en una vida, en la que, como único Sol, adorará a Cristo. Un poco antes recurre, con la misma idea, a la salida de Sodoma, a donde el cristiano no debe retornar.

Dentro de este contexto de la liberación bautismal, nos parece que hay que colocar el siguiente texto del Pseudo Crisóstomo: «este es el día... en que quedaron desatadas las ligaduras del diablo»⁹¹. Estas ataduras del demonio son los pecados con que el diablo aherroja el alma. La metáfora es viva e intensa y encaja bien dentro del contexto de imágenes en que se desenvuelve. Habla el autor de la Resurrección de Cristo como de una planta esplendorosa y de hermosos frutos, que brotó, como en un jardín, para el género humano; habla asimismo de los nuevos iluminados que florecieron en torno a ella, de los arroyos de los pecadores que se han secado, de la rotura de las ligaduras diabólicas. La metáfora se acomoda bien al contexto circundante, con lo que la expresión «las ataduras se rompieron» adquiere proyección salvífica intensa, a la vez que se realza su valor redentivo. La rica terminología relacionada con la redención constituye un magnífico desarrollo de las implicaciones salvíficas del bautismo.

Para completarlas, nos referimos a algunas otras expresiones cuyo alcance liberativo es posible deducir. Así la

88 *Hom. Pasch.* VI, 7, 18.

89 *Hom. Pasch.* VI, 7, 20.

90 *Hom. Pasch.* VI, 8, 14.

91 *Hom. Pasch.* V, 3, 12. Para la justificación de esta traducción en que hemos corregido la de Aubineau «où les forces du diable ont été paralysées», puede verse nuestra recesión de su libro, l. c. p. 554.

expresión «has firmado tu pagaré», que nos ofrece Basilio de Seleucia⁹². La resonancia en este lugar de la expresión paulina a los Colosenses es clara, aunque el contexto sea diferente. En Pablo, la sangre de Cristo borra el documento escrito en contra del hombre. La deuda que contra nosotros pesaba ha quedado borrada, al clavarla Cristo en la Cruz. El cristiano, liberado de los poderes superiores, exhibe ahora con valor público un nuevo documento, en virtud del cual se compromete a cumplir las obligaciones que el bautismo lleva consigo. El quirógrafo es el documento liberador del propio cristiano, a la vez que testimonial de su compromiso en Cristo. Antes estaba obligado por la deuda del pecado, ahora pesa sobre él el compromiso de la gracia. Como «pagaré de su deuda» exhibe el cristiano su nueva vida. El quirógrafo adquiere así, en esta exégesis, proyección soteriológica. Es la redención y salvación con que el cristiano ha sido gratificado, en el acontecer histórico y en el escatológico, cosa que entraña consecuencias, que, parenéticamente, destaca el *kérygma* pascual: «ocúpate de sus implicaciones; ocúpate del pacto en que te has comprometido»⁹³.

Las consecuencias éticas del bautismo quedan, de este modo, más realzadas. Se completan aún con lo que sigue: «se te ha entregado en fideicomiso un talento»⁹⁴, «ocúpate de invertirlo ventajosamente»⁹⁵. Del nuevo ser del cristiano brota, según esto, un nuevo actuar.

También son implicaciones de la liberación bautismal y de la Pascua la renuncia formal al demonio. El catecúmeno debía comprometerse ante la comunidad en una decisión firme y estable de mantenerse alejado del demonio. Basilio, lacónicamente, recuerda a los nuevos bautizados la promesa que han hecho: «te has comprometido en la renuncia: no te adhieras, seducido nuevamente»⁹⁶. Tal renuncia es liberación, es redención y es salvación; por ello, el cristiano no puede dejarse seducir, adhiriéndose de nue-

92 *Hom. Pasch.* III, 3, 4. Cf. *Col.* 2, 14.

93 *Hom. Pasch.* III, 3, 4. Cf. *Studium Ovetense* 2 (1974) 554.

94 Alusión a *Mt.* 25, 15.

95 *Hom. Pasch.* III, 3, 5.

96 *Hom. Pasch.* III, 3, 3.

vo al objeto que abandona ahora, es decir al pecado, al demonio y a la muerte.

Asimismo se produce la anulación del poder del demonio, tal como lo formula Leoncio de Constantinopla, parafraseando a Isaías: «vana es la fuerza de vuestro padre el diablo»⁹⁷, frente al poder del resucitado. En la fiesta de la Pascua en «este día», «han quedado desbaratados los batallones del demonio», puede afirmarse con el Pseudo Crisóstomo⁹⁸; el diablo pierde, consiguientemente, a sus hijos en el *nunc* de la Resurrección, según vuelve a repetir el obispo de Constantinopla⁹⁹. «La Pascua —el bautismo— despoja de sus armas al diablo y no le deja ningún deudor»¹⁰⁰, insiste el mismo Leoncio. En una palabra, «quedan abrogadas las leyes vigorosas y seguras del mundo subterráneo»¹⁰¹, podrá concluirse con el Pseudo Crisóstomo.

El panorama salvífico va ganando en relieve para nuestra consideración, a medida que vamos descubriendo nuevos detalles. Las perspectivas que nos ha ofrecido la idea de liberación, originada por el bautismo cristiano, son importantes. El cristiano se nos va presentando, cada vez más nítidamente, con facetas nuevas. La salvación y el misterio pascual se van haciendo, cada vez más, realidades intercambiables.

El bautismo, nacimiento del cristiano a la salvación

Las *Homilias Pascuales* nos hablan del bautismo como de un nuevo nacimiento del hombre. Ya Pablo se refirió a los cristianos como a hijos por quienes sufre dolores de parto, hasta que se conforme Cristo en ellos¹⁰². Su acción, con respecto a los fieles, por medio del Evangelio, se expresa con el verbo «engendrar»: «yo os engendré»¹⁰³. Desde el Judaísmo rabínico, el verbo se había cargado de contenido religioso para designar el nuevo nacimiento de los conversos.

97 *Hom. Pasch.* VI, 6, 1. *Is.* 33, 10.

98 *Hom. Pasch.* V, 3, 12.

99 *Hom. Pasch.* VII, 2, 3.

100 *Hom. Pasch.* VII, 1, 18-19.

101 *Hom. Pasch.* V, 3, 6.

102 *Gal.* 4, 19.

103 *1 Cor.* 4, 15; *Philem.* 10.

También los misterios del helenismo manejaron el concepto «renacer», en virtud del cual el cristiano se convertía en «nacido de la divinidad» o en «engendrado por los dioses»¹⁰⁴ o en «renacido»¹⁰⁵. Expresiones parecidas aparecen en los escritos de Juan, aplicadas a Cristo y también a los fieles que son «ex Deo nati»¹⁰⁶, donde el nacimiento adquiere proyección escatológica con realización desde el presente. En Pedro, la regeneración se opera por la Resurrección de Cristo¹⁰⁷ y por la Palabra¹⁰⁸.

Para los cristianos este nuevo nacimiento por medio de la Resurrección se concretó en una realidad presente, por la que la era mesiánica queda inaugurada en cada hombre. La comunión con Cristo resucitado viene a convertirse así en un acontecimiento histórico personal, que se realiza en el bautismo. De esta perspectiva personal se pasó a la proyección escatológica, como si ese «renacimiento» fuera la concreción de la vida eterna en cada alma individual. Entonces, el nuevo nacimiento designó la realidad del don salvífico de la gracia en el bautismo y su implicación escatológica definitiva.

Hesiquio de Jerusalén habla de la vivificación de que es objeto el cristiano en la resurrección: «hoy, por medio del resucitado, se ha abierto el paraíso y recibe vida Adán. Eva se consuela, se cumple la llamada, se dispone un reino, el hombre se salva y Cristo recibe adoración»¹⁰⁹. Para él todo este grupo de acciones salvíficas está en íntima relación, destacada en griego por el polisíndeton. La vida que recibe Adán es la que proviene del nuevo nacimiento operado por medio de la Resurrección.

La catequesis, el bautismo y la fe constituyen los elementos que realizan en cada hombre el «nuevo nacimiento», que para la humanidad ha conseguido ya la Resurrección. Así lo entendió Leoncio de Constantinopla, cuando establece el siguiente paralelismo: «tal como se te ha instruido, oh nuevo iluminado, cumple tus prácticas; como has sido bautizado, confiesa tu fe en la Trinidad; cual has sido

104 Ps. Platón, *Ax.* 371 d.

105 Apuleyo, *Met.* XI, 21.

106 *1 Io.* 5, 17.

107 *1 Petr.* 1, 3.

108 *1 Petr.* 1, 23.

109 *Hom. Pasch.* I, 6, 4-6.

regenerado, cree y fructifica; la fe que se te confió, guárdala; lo que te has revestido no lo desgarras; lo que has adquirido en posesión, no lo mal vendas» ¹¹⁰.

Los verbos que aquí aparecen expresan acciones en las que el bautizado ha tenido parte, experimentando en sí los efectos salvíficos del *renacer*, de la nueva iluminación. Ese nuevo nacimiento es como el del águila, según lo vio el mismo Leoncio: «como el águila has sido regenerado» ¹¹¹. Los antiguos consideraban al águila como símbolo de la resurrección, porque estimaban que periódicamente renovaba su plumaje y su juventud, perdiéndose en las alturas del cielo. De ahí el empleo del símbolo en este contexto, que maneja una doble resurrección: la de Cristo y la del bautizado. Para éste la constatación de su «nuevo nacimiento» o generación tiene también consecuencias éticas, que el autor destaca: «busca las cosas de arriba» ¹¹². Es la misma consecuencia que deduce Pablo para los bautizados, para quienes «conresucitaron con Cristo» ¹¹³.

Los recién nacidos de esta nueva generación baptismal necesitan alimento suave y apropiado a su nueva condición. Pedro habla de «la leche espiritual» que constituye su alimentación: «como niños recién nacidos, apeteded la leche espiritual, para, con ella, crecer hacia la salvación» ¹¹⁴. La literatura cristiana recogió esta metáfora y, en las *Homilias Pascuales* que estudiamos, la hemos encontrado con la misma expresión en dos textos ciertamente dependientes entre sí. La emplean el Pseudo Crisóstomo y Leoncio de Constantinopla, aplicándola al día de la Pascua, día de Resurrección y de Bautismo: «este es el día que suministra a los renacidos la leche y dispensa a los pobres la economía de salvación» ¹¹⁵. La leche que reciben los «regenerados por el agua» es la leche de la gracia salvadora.

Los engendrados a la nueva vida por el bautismo reciben la fuerza salvífica de su nuevo ser, unas veces de la Encarnación de Cristo, y normalmente, de su Resurrección. Para

110 *Hom. Pasch.* VI, 8, 1-3.

111 *Hom. Pasch.* VI, 8, 4.

112 *Hom. Pasch.* VI, 8, 4.

113 *Col.* 3, 1.

114 *1 Petr.* 2, 2.

115 *Hom. Pasch.* V, 2, 6-7; VI, 2, 6.

Hesiquio de Jerusalén es la Encarnación del Verbo quien opera la santificación en los *nacidos* por el bautismo¹¹⁶. Para él, en otro texto, y para Basilio de Seleucia, es la Muerte de Cristo y su Resurrección, de donde dimana la nueva vida; «es un sepulcro el que engendra vida»¹¹⁷, «el que regenera a los sepultados»¹¹⁸. Más arriba ya nos hemos referido a las implicaciones soteriológicas de estas expresiones.

Siguiendo la idea del nacimiento nuevo y de la nueva generación, las *Homilias Pascuales* utilizan también la idea de filiación para poner de relieve la nueva cualidad del cristiano. Leoncio de Constantinopla, rodeado de los nuevos bautizados, vestidos con sus túnicas blancas, se siente deslumbrado por su resplandor: «despiden fulgor los hijos de la piscina»¹¹⁹. Son los que «han nacido en la nueva primavera de la gracia»¹²⁰; «son las flores de los santos que han brotado; los lirios de los nuevos iluminados que han crecido»¹²¹. La filiación ha cambiado a los bautizados, les ha dado un nuevo ser, el ser de «hijos y de herederos»¹²². Han recibido una nueva condición, por la que se convierten en «los auténticos hijos de la resurrección»¹²³.

Esta cualidad de «hijos de la resurrección», que hace a los hombres ser «hijos de Dios»¹²⁴ y que el bautizado expresa, externamente, con «una vestidura material y espiritual»¹²⁵, entraña compromisos éticos: «es necesario que ellos, los auténticos hijos de la resurrección, se conserven brillantes y limpios, sin que jamás se hallen de modo impropcedente»¹²⁶, sino «siempre con vestidura nupcial»¹²⁷. Al bautizado, «puesto que ha recibido el nombre de hijo, no le cabe responder como un mal hijo, al igual que Absalón»¹²⁸.

116 *Hom. Pasch.* I, 5, 15.

117 *Hom. Pasch.* II, 2, 1.

118 *Hom. Pasch.* III, 3, 25.

119 *Hom. Pasch.* VII, 1, 9-10.

120 *Hom. Pasch.* VII, 1, 7.

121 *Hom. Pasch.* VII, 1, 8-9.

122 *Gal.* 4, 7.

123 *Hom. Pasch.* VI, 4, 6.

124 *Lc.* 20, 36.

125 *Hom. Pasch.* VII, 3, 2.

126 *Hom. Pasch.* VII, 3, 2-3.

127 *Hom. Pasch.* VII, 3, 5.

128 *Hom. Pasch.* VI, 8, 5.

«Los hijos de la Resurrección, insiste Leoncio, no sólo llevan su vestido resplandeciente, sino también un calzado parigual, porque se han despojado de la vetustez de Adán y se han revestido de la novedad de Cristo..., ya que cuantos os habéis bautizado os habéis revestido de Cristo»¹²⁹.

Los autores de las *Homilias Pascuales* continúan la atrevida metáfora de Pablo, que considera el vestido bautismal como la nueva idea del cristiano, como la vestidura que le identifica con Cristo mismo. La idea, según queda ya insinuado, se nos ofrece en conexión con la de filiación, con la de hijos de la Resurrección. La imagen resultaba plástica y comprobable para todos los asistentes que veían en los nuevos iluminados, en los recién bautizados, seres nuevos, que llevaban en sí la vida que los hacía hijos de Dios, revestidos con sus túnicas blanquísimas y refulgentes, en medio de la pálida luz del amanecer pascual, y trasladaban la imagen óptica a la realidad invisible que alentaba dentro de ellos. De ahí que, con la condición de hijos, destacaran lo que significaba externamente el vestido bautismal.

La idea de *vestido* aparece en nuestras *Homilias Pascuales* expresada para realzar dos planos diferentes: el ontológico y el ético, en los que hay que situar el nuevo ser del bautizado y su actuar. El vestido blanco es, ante todo, un símbolo de la Resurrección de Cristo y del nuevo nacimiento del cristiano. Así lo estima Leoncio de Constantinopla, expresándolo con el simbolismo de la Transfiguración, mediante el que Cristo quiso manifestar su futura Resurrección: «allí, no sólo el rostro de Cristo apareció brillante, sino su mismo vestido se volvió refulgente»¹³⁰. Los hijos de la Resurrección llevan ahora su vestido blanco, «porque se han revestido de Cristo»¹³¹, porque han incorporado a Cristo mismo como su nuevo ser. Esa es la razón de que «hoy todo aparezca embellecido bajo el cielo por estas túnicas brillantes»¹³².

En cambio, el pecador, «el usurpador de la Pascua no

129 *Hom. Pasch.* VII, 3, 12-17. Cf. *Eph.* 4, 22; *Col.* 3, 9; *Gal.* 3, 27.

130 *Hom. Pasch.* VII, 3, 6-8.

131 *Hom. Pasch.* VII, 3, 17.

132 *Hom. Pasch.* VII, 2, 12-13.

lleva vestido limpio, por hallarse en el temor, ni viste túnica resplandeciente»¹³³. Su vestido es el ser de pecado, mientras que el bautizado se viste el ser de la gracia, que constituye una realidad interior, «ya que no es sólo el vestido limpio lo que salva en sí, sino un alma refulgente y una vida irreprochable»¹³⁴. Por eso, el bautizado y el cristiano, cuando celebran genuinamente la Pascua, llevan el vestido expresivo del acontecimiento que se realiza: en la Iglesia, la Resurrección y, en el catecúmeno, la salvación.

El mismo Leoncio, en otro lugar, llama a este vestido «el manto de la salvación y la túnica de la justicia», repitiendo palabras de Isaías¹³⁵. Es el vestido que reciben «los rescatados del Señor»¹³⁶. Ese manto es el manto de la fe, mediante la cual el cristiano se incorpora a la Resurrección, se reviste de Cristo»¹³⁷. La transformación que experimenta el bautizado se realiza «por la confesión de un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios que está sobre todos, obra en todos y reside en todos»¹³⁸, a la que invita Leoncio, en último término, a sus fieles. Es la profesión de fe que hacían los catecúmenos en la piscina bautismal, El cristiano, en consecuencia, no puede desmentir con su vida las palabras de su compromiso de fe¹³⁹.

La consideración de la nueva realidad ontológica inherente al bautizado, en cuanto a la filiación que liga su ser con Cristo, se concluye siempre, en el *kérygma* de la Pascua, con una exhortación parenética a comportarse de un modo digno de la nueva condición. A la misma conclusión llega Leoncio en otras ocasiones: «te has desnudado del hombre viejo y has revestido el nuevo¹⁴⁰, que es Cristo: conserva tu alma y tu cuerpo a seguro de las inmundicias»¹⁴¹. Y también: «lo que te has vestido, no lo desgarras: lo que has hecho de tu posesión, no lo pongas en venta»¹⁴².

133 *Hom. Pasch.* VII, 2, 14-15.

134 *Hom. Pasch.* VII, 2, 19-20.

135 *Hom. Pasch.* VI, 7, 25. Cf. *Is.* 61, 10.

136 *Hom. Pasch.* VI, 7, 22.

137 *Hom. Pasch.* VI, 26, 28; cf. *Gal.* 3, 27.

138 *Hom. Pasch.* VI, 7, 32; cf. *Eph.* 4, 5 s.

139 *Hom. Pasch.* VI, 7, 34.

140 Cf. *Col.* 3, 9-10.

141 *Hom. Pasch.* VI, 8, 11-12.

142 *Hom. Pasch.* VI, 8, 3.

Así, con éstas y semejantes exhortaciones, la predicación pascual deduce de la consideración ontológica y soteriológica de la Pascua las implicaciones éticas que comprometen la vida del cristiano: «si, en su bautismo, se ha revestido de un manto resplandeciente, que brille en su vida por su conciencia», concluye Basilio de Seleucia ¹⁴³.

Hay otro aspecto muy interesante, desde la perspectiva salvífica en que hemos situado todo el entorno de la Resurrección de Cristo y sus celebraciones, que se deriva también de la nueva generación o nuevo nacimiento del bautizado. Se trata de su nuevo ser, de su *renovación* interior. Ese nuevo ser que identificábamos con el carácter de hijo que participa el bautizado y con el vestido de que se ha revestido, Cristo mismo en él, se nos expresa también mediante los términos que significan la renovación interior. Esa renovación ha de estar en consonancia con el hombre nuevo que ha vestido el cristiano, según las expresiones de Pablo ¹⁴⁴. Es la salvación que se nos comunica «por medio del baño de la regeneración y renovación del Espíritu Santo» ¹⁴⁵.

La predicación pascual contempla esta renovación por el bautismo en aquellos que se hallaban avejentados por el pecado. Basilio de Seleucia, el único que maneja el concepto de «renovación», nos lo presenta como una realización de Cristo: «El, en efecto, a los avejentados por el pecado los renovó, no por fuego, sino por agua» ¹⁴⁶. La alusión bautismal es clara en el agua y la referencia a la Muerte y Resurrección de Cristo, con proyección salvífica, también aparece en el contexto anterior: «embotó el aguijón de la muerte y triunfó sobre el madero de aquel que nos hizo flaquear por medio del árbol» ¹⁴⁷. Según eso, la renovación interior, el nuevo ser, le viene al cristiano por medio del bautismo, que actúa en él los efectos de la Muerte y Resurrección del Señor. Esa renovación se corresponde con la creación primera. En el *nunc* histórico y escatológico de la Resurrección, Basilio de Seleucia nos contrapone las dos

143 *Hom. Pasch.* III, 3, 8.

144 Cf. *Col.* 3, 9-10; *Eph.* 4, 22-24.

145 Cf. *Tit.* 3, 5.

146 *Hom. Pasch.* III, 1, 8.

147 *Hom. Pasch.* III, 1, 5-6. *1 Cor.* 15, 5 ss.

realidades: «todo ha sido creado, todo ha quedado ahora renovado»¹⁴⁸.

Ese aspecto de «creación nueva», de «renovación», resulta sumamente expresivo respecto a la realidad que se opera en el bautizado. En él viene a ser como una nueva naturaleza, puesto que el bautismo constituye en sí «una renovación de la misma naturaleza»¹⁴⁹.

La *novedad interior* de que habla Leoncio de Constantinopla¹⁵⁰ y en cuya recuperación insiste Basilio de Seleucia está plenamente en la línea del pensamiento bíblico, en el que representa a todo lo que el tiempo de salvación comporta de diverso y maravilloso: «los cielos nuevos y la nueva tierra»¹⁵¹. La nueva creación lleva consigo, junto con la compleción escatológica del Reino de Cristo, «la nueva Jerusalén»¹⁵². Es, por así decir, el término final de la esperanza cristiana, que se realiza ya en el presente de los fieles y que, por obra de Cristo, se convierte en tiempo de salvación¹⁵³, en que «lo viejo pasó, porque todo se ha vuelto nuevo»¹⁵⁴, porque llegó la «noua creatura»¹⁵⁵. La literatura patrística siguió esta concepción e introdujo los términos de «renovación» entre las expresiones bautismales, con el alcance de la nueva vida anterior que comienza a vivir el bautizado. El contenido de los conceptos «renovación» y «novedad», tal como los hemos analizado, se concentra más hacia el plano ontológico y soteriológico, sin insistir en sus consecuencias éticas.

Para referirse al cambio noético y moral, utiliza Basilio el concepto de «actitud», con implicaciones referidas tanto al porte externo o actitud exterior como a la disposición interior. Basilio le recuerda al recién bautizado: «te has despojado de tu actitud: no apenas ahora al Espíritu»¹⁵⁶. Se refiere a un cambio de actitud noética y ética, según se desprende del contexto siguiente: «porque, proclamando el

148 *Hom. Pasch.* III, 2, 39; cf. *Io.* 1, 3.

149 *Hom. Pasch.* III, 3, 21.

150 *Hom. Pasch.* VII, 3, 15.

151 *Apoc.* 21, 1; *2 Petr.* 3, 13; *Is.* 65, 17.

152 *Apoc.* 3, 12; 21, 2.

153 *2 Cor.* 6, 2.

154 *2 Cor.* 5, 17.

155 *Gal.* 6, 15.

156 *Hom. Pasch.* III, 3, 9; cf. *Eph.* 4, 30.

misterio del bautismo y la inconmensurable gracia del crucificado, nos dice el profeta 'misericordia quiere'¹⁵⁷. Por tanto, en ese cambio de actitud, es preciso ver la consecuencia de la renovación interior influyendo en la inteligencia y en la voluntad del bautizado y llevándolo a conectar su pensamiento y su querer con el de Cristo, «no contristando al Espíritu en el que hemos sido sellados para el día del rescate»¹⁵⁸. El bautismo, pues, connota en el cristiano una realidad soteriológica y escatológica que se plasma, éticamente, en su actitud, en razón de la nueva realidad que se operó en él.

Al leer las *Homilias Pascuales*, nos hemos encontrado con otras muchas expresiones que connotan, dentro del contexto Bautismo-Pascua, diferentes aspectos del nuevo ser que han adquirido los bautizados, de su nuevo nacimiento. Generalmente responden a interpretaciones metafóricas de la gran realidad de la Pascua: la salvación que se opera en el bautismo por la repetición del acontecimiento salvífico de la Muerte y Resurrección de Cristo. Vamos a ofrecer una síntesis de estos textos, corroborando con ellos la gran riqueza de expresiones que manejó *kérygma* pascual, para hacer llegar a los cristianos el mensaje de salvación que en ellas se contiene.

La realidad baptismal se nos presenta mediante la imagen de un matrimonio. Así nos la expresa Basilio de Seleucia, en su exhortación a los bautizados: «te has desposado, después de haber pasado la prueba: no cometas adulterio con la blasfemia»¹⁵⁹. La imagen matrimonial con alcance baptismal es frecuente en la Literatura patristica¹⁶⁰. La unión del bautizado con Cristo es tan íntima como la del matrimonio. Por eso, todo pecado y, en particular, la blasfemia constituye un adulterio.

Por otra parte, Hesiquio de Jerusalén conecta la terminología matrimonial con la Muerte y Resurrección de Cristo. Para Hesiquio la unión de Cristo con la Iglesia y, conse-

157 *Hom. Pasch.* III, 3, 10-12; cf. *Mich.* 7, 18.

158 *Eph.* 4, 30.

159 *Hom. Pasch.* III, 3, 6. En *Studium Ovetense* 2 (1974) 556 ya hemos adelantado esta interpretación.

160 Cf. M. Aubineau, o. c., p. 264, nota 74.

cuentemente, con cada bautizado se realiza en el sepulcro, que se nos ofrece adornado con todas las galas de una celebración matrimonial. «El sepulcro es un lecho nupcial que mantuvo acostado por tres días al esposo; es un tálamo de bodas, que hizo levantarse intacta a la novia, después de consumir el matrimonio» ¹⁶¹.

El desarrollo de la metáfora es perfecto. La Muerte de Cristo constituye el nervio de la imagen; de ella la Iglesia —los bautizados— resucita, después de cumplir místicamente el misterio de su bautismo. La alegoría bautismal, contenida en la imagen matrimonial, nos la explica así Amonio de Alejandría: «el esposo es Cristo; la Iglesia es la novia; la cámara nupcial es el lugar del bautismo» ¹⁶².

La alusión, a plano de resurrección y escatológico, se completa con este texto de Leoncio de Constantinopla: «en el día de la luz, la esposa del Señor obtiene su glorificación» ¹⁶³, por medio del bautismo y de la salvación gloriosa que se derivan de la alusión matrimonial y del concepto «glorificar». La luz de la Resurrección o de la Pascua recuerda las antorchas que, en los ritos nupciales místicos de las iniciaciones místicas, constituían una promesa de nuevo amanecer en comunión eterna con la divinidad, de una salvación definitiva.

Otras veces, la realidad bautismal se nos ofrece bajo la imagen de las flores y los frutos que germinan, «al surgir la primavera de los cristianos» ¹⁶⁴. Esta primavera es, simultáneamente, la Pascua y el Bautismo, que posibilitan que el bautizado fructifique en su vida interior. La primavera de la tierra y de la naturaleza coincide con la primavera del misterio litúrgico, que actúa visiblemente el operar de Dios en la Historia de la Salvación.

En esta primavera del cristiano, el grano de trigo del Hijo de Dios germina para una nueva vida, en su Muerte

¹⁶¹ *Hom. Pasch.* I, 2, 2-4.

¹⁶² *In Ioann.* 3, 29 (PG 85, 1413 D), citado en M. Aubineau, o. c., p. 241. Para mayor amplificación de estas ideas, puede verse el hermoso capítulo sobre «Le Baptême, mystère nuptial» en J. Lemarié, *La manifestation du Seigneur. La liturgie de Noël et de l'Épiphanie*, (París, 1957), 361-78. Asimismo, O. Casel, 'Le bain nuptial de l'Église', *Dieu Vivant* 4 (1945) 43-49.

¹⁶³ *Hom. Pasch.* VII, 4, 16-17.

¹⁶⁴ *Hom. Pasch.* VII, 1, 7-8.

y Resurrección ¹⁶⁵. «En este día, el fruto lozano y logrado de la Resurrección germinó para la tierra y para los hombres como en un huerto» ¹⁶⁶. También en esta primavera el catecúmeno «es consepultado con Cristo» ¹⁶⁷ en el bautismo-muerte, para brotar en «novedad de vida».

En la misma línea hay que entender el siguiente texto: «el desierto se convirtió en jardín abundante, que ya no produce cardos nocivos, sino que hace florecer lirios, que son los nuevos iluminados» ¹⁶⁸. Esta metáfora nos resume, en Leoncio de Constantinopla, la nueva realidad de los bautizados: «son lirios recién iluminados». Y él mismo nos explica el motivo de que los «nuevos iluminados», los bautizados, se llamen «lirios»: «por la blancura de su vestido exterior y por su dorado resplandor, a causa de la fe, en su interior» ¹⁶⁹. Los lirios de los nuevos iluminados «brotan en la primavera de la Iglesia; en ella se sazonan las flores de los santos» ¹⁷⁰.

El fruto del cristiano germina en la piscina bautismal, que se convierte así en «sepulcro que da vida» ¹⁷¹ y «salva, regenerándolos, a los consepultados con Cristo» ¹⁷². El catecúmeno recibe la fecundación de la regeneración por «el agua saludable del baño» ¹⁷³. La nueva lluvia, que Leoncio nos compara con la lluvia de fuego de Sodoma, fecundiza la tierra: «ya no llueve fuego —condenación— sobre Sodoma ¹⁷⁴, sino que la lluvia que desciende sobre la Virgen empapa la tierra del catecúmeno, que en el día de la luz participa de la glorificación de la esposa ¹⁷⁵.

La relación que por el bautismo se establece entre Cristo y el cristiano aparece expresada en Leoncio con el término «discípulo». Ya desde la Sagrada Escritura, este concepto designa una comunidad de vida con un maestro. En el

165 Cf. *Io.* 12, 23 s.

166 *Hom. Pasch.* V, 3, 8-10.

167 *Rom.* 6, 4.

168 *Hom. Pasch.* VI, 7, 12-14.

169 *Hom. Pasch.* VI, 7, 16-18.

170 *Hom. Pasch.* VII, 1, 8; V, 3, 10.

171 *Hom. Pasch.* II, 2, 1.

172 *Hom. Pasch.* III, 3, 25; cf. *Rom.* 6, 4.

173 Pseudo Ambrosio, *Serm.* 33, 3.

174 *Gen.* 19, 24.

175 *Hom. Pasch.* VII, 4, 15-18.

Nuevo Testamento, designa, por antonomasia, a los discípulos de Jesús, ligados íntimamente al Señor. A partir de la Muerte de Cristo, se refiere a los cristianos en general por su comunión con El, para significar en Ignacio de Antioquía a los mártires, como prototipos de verdaderos discípulos de Cristo, por su imitación acabada de su Maestro ¹⁷⁶.

Ambos aspectos aparecen en la predicación pascual, para designar el nuevo ser del bautizado. Así, Leoncio de Constantinopla llama al bautizado discípulo: «te has hecho discípulo, no tengas parte con Judas» ¹⁷⁷. La cualidad nueva de discípulo comporta la de hijo ¹⁷⁸, la de renacido ¹⁷⁹, la de redimido ¹⁸⁰ y la de revestido de hombre nuevo ¹⁸¹.

Completa esta idea el Pseudo Crisóstomo con la de martirio, que también aparece ligada a la Pascua y al Bautismo. La Pascua es el día en que «las coronas de los mártires reverdecen de esplendor» ¹⁸². Ellos constituyen la expresión perfecta del discípulo de Cristo, «ellos son el gozo de las filas de los fieles» ¹⁸³, porque es el día que hizo el Señor para alegría de los suyos ¹⁸⁴, iluminándolos por la Resurrección ¹⁸⁵. Con estas observaciones queda más de manifiesto el contexto salvífico y bautismal en que el autor se mueve.

Otras expresiones hemos encontrado como reflejo de la nueva vida bautismal y salvífica. Leoncio de Constantinopla la entiende como una «amistad» en el *nunc* histórico de la Resurrección y del bautismo ¹⁸⁶; como una riqueza ¹⁸⁷; como un estado de gloria ¹⁸⁸; como libertad ¹⁸⁹ y como rescate de la esclavitud ¹⁹⁰.

Basilio de Seleucia concibe el ser de los bautizados bajo

176 Ignacio de Antioquía, *Ad Rom.* 4, 2; 5, 3.

177 *Hom. Pasch.* VI, 8, 7.

178 *Hom. Pasch.* VI, 8, 6.

179 *Hom. Pasch.* VI, 8, 6.

180 *Hom. Pasch.* VI, 8, 11.

181 *Hom. Pasch.* VI, 8, 12.

182 *Hom. Pasch.* V, 3, 15.

183 *Hom. Pasch.* V, 3, 14.

184 *Hom. Pasch.* V, 3, 15-16.

185 *Hom. Pasch.* V, 3, 18-19.

186 *Hom. Pasch.* VI, 6, 16.

187 *Hom. Pasch.* VI, 6, 18.

188 *Hom. Pasch.* VI, 6, 19.

189 *Hom. Pasch.* VI, 6, 16.

190 *Hom. Pasch.* VI, 6, 20.

la imagen de «templos de la Trinidad»¹⁹¹; el Pseudo Crisóstomo y, dependiendo de él, nuevamente Leoncio de Constantinopla, como «portadores del temor al Espíritu Santo»¹⁹². También nos presenta, en fin, a los nuevos cristianos, recién bautizados, como «palomas espirituales»¹⁹³ a quienes el día de la Pascua y el Bautismo disponen para el altar del sacrificio.

Con estas apreciaciones ponemos fin a este trabajo, que hemos dedicado a las repercusiones salvíficas del bautismo, dentro del marco de la Muerte y Resurrección de Cristo, en la fiesta de la Pascua. Poesía e imaginación aparecen hermanadas, en íntima compenetración, para hacer llegar el mensaje de la Pascua a las mentes de los cristianos. Nos hemos visto inmersos en un clima soteriológico, con fuertes apelaciones al actuar cristiano. Los acontecimientos históricos de la Pascua, en su realización bautismal, aportan al cristiano una esperanza: hacer un día realidad escatológica lo que «el día presente» operó en su interior: la Salvación.

AGUSTIN HEVIA BALLINA

191 *Hom. Pasch.* III, 1, 13-14.

192 *Hom. Pasch.* V, 1, 8; VI, 1, 13.

193 *Hom. Pasch.* VII, 1, 20-21; cf. *Lc.* 2, 25.